

FABIO SORRENTINO

LA
PIRÁMIDE
MALDITA

bóveda

Título original: *Il tempio maledetto*

Primera edición: 2017

© 2016 Newton Compton editori s.r.l.
© traducción: Carmen Ternero Lorenzo, 2017
© de esta edición: Algaida, 2017
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-16691-52-4
Depósito legal: SE. 673-2017
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Capítulo 1.....	11
Capítulo 2.....	24
Capítulo 3.....	37
SIETE MESES DESPUÉS	49
Capítulo 4.....	51
Capítulo 5.....	70
Capítulo 6.....	77
Capítulo 7.....	81
Capítulo 8.....	89
Capítulo 9.....	97
Capítulo 10.....	105
Capítulo 11.....	123
Capítulo 12.....	127
Capítulo 13.....	131
Capítulo 14.....	138
Capítulo 15.....	143
Capítulo 16.....	149

Capítulo 17.....	157
Capítulo 18.....	174
Capítulo 19.....	191
Capítulo 20.....	210
Capítulo 21.....	214
Capítulo 22.....	242
Capítulo 23.....	252
Capítulo 24.....	269
Capítulo 25.....	275
Capítulo 26.....	287
EPÍLOGO. TRES MESES DESPUÉS	309
Capítulo 27.....	311
Capítulo 28.....	319
Capítulo 29.....	328
Capítulo 30.....	337
Capítulo 31.....	342
AGRADECIMIENTOS.....	349

A Peppe, que está siempre presente.
A Claudia, Antonia y Vincenzo, esperando
que un día quieran leérselos todos.
A María, que siempre ha creído en mí.

*And the dream of the child
is the hope for the hopes of the men.
A winter's tale*

Freddie Mercury

Marmarica. Año 74 d. C.

A cuarenta millas romanas al suroeste del campo de Amón

SE HACÍA CADA VEZ MÁS DIFÍCIL. Marco Cetego se pasó la mano izquierda por la frente empapada en sudor y tragó otra bocanada de aire abrasador mientras se volvía un instante para mirar al resto de la columna en marcha. Dos filas por detrás, Aurelio Prisco se tambaleaba con la insignia de la centuria a cuestas y las mejillas despellejadas por las quemaduras, mientras los demás legionarios avanzaban dando tumbos y arqueando la espalda en un silencio casi irreal que solo rompía el tintineo de los yelmos colgados de los codos y el crujido de las cálidas hundidas en la tierra ardiente.

Sin decir nada, Cetego volvió a dirigir la mirada hacia la profundidad interminable del inmenso mar de arena que temblaba en la lejanía al otro lado de una cadena de dunas doradas y se esforzó por dar buen ejemplo a sus

hombres manteniéndose recto y alargando el paso, sobreponeándose al escozor de las ampollas y las llagas que le sangraban entre los dedos de los pies.

A pocos metros de su escudo, los tres guías garamantes susurraban en su idioma bárbaro y de vez en cuando miraban hacia las crestas arenosas que se alzaban a su derecha, a unos diez estadios del cauce del viejo uadi por el que procedía la columna de soldados.

De pronto, una pequeña placa metálica se desprendió del bálteo de Cetego y el centurión se inclinó hacia delante para recogerla hundiendo el pulgar y el índice en la arena que brillaba abrasadora ante sus sandalias. Antes de volver a encajarla en el cinturón de cuero, el veterano la observó un instante y volvió a pensar en el motivo por el que lo habían puesto al mando de aquella absurda expedición por las tierras de Egipto.

Salieron de Cesarea tres semanas antes, se embarcaron en una vieja birreme que se dirigía a Paraetonium por la costa cirenaica y desde allí marcharon durante seis días hacia la antigua ciudad de los amonios, también llamada Isla de los Bienaventurados, que consistía en una fina franja de palmeras y vida inmersa en la arena milenaria del desierto africano, totalmente aislada de la civilización desde la noche de los tiempos.

Para llegar, sus hombres tuvieron que cruzar un océano incandescente, hecho de infinitas extensiones de pedregales color óxido, plagadas de riscos y rocas áridas, quebradas y erosionadas por la incesante labor de los vientos, que las habían transformado en un único manto reluciente y arcilloso.



Y lo consiguieron.

Ahora, acompañados por diez dromedarios cargados de provisiones y tres guías con aspecto de saqueadores, los ochenta soldados que había elegido entre los mejores componentes de la primera cohorte de la legión se encontraban de nuevo avanzando a duras penas por un manto de arena maldita aún más peligroso, en busca de un templo erigido por un faraón oscuro cerca de mil años atrás en el corazón de la nada sahariana que muy pronto se borró de las palabras y la memoria de los hombres.

Después de tres horas de camino, Cetego ordenó a los legionarios que suspendieran la marcha al lado de una serie de altos riscos y la cola metálica de la columna armada se detuvo bajo el flagelo continuo de un sol que irradiaba su impresionante potencia de luz. Los hombres se apresuraron a poner a los animales al abrigo de las escasas sombras que ofrecían las puntas rocosas y se sentaron a descansar, comer pan y carne seca y dar algunos sorbos a su ración de vino aguado.

Aprovechando la parada, el centurión se enjuagó la cara con el agua de un odre y fue a sentarse cerca de los tres guías africanos, ligeramente apartado del grupo de sus soldados. Cuando encontró un peñasco plano y alargado cerca de un gran espolón de arenisca, Cetego se tumbó apoyando la loriga y la nuca en la superficie áspera de la piedra y se obligó a cerrar los párpados para recuperar un poco las fuerzas.

—¿Crees que lo conseguiremos? —preguntó al rato una voz ronca y profunda.

El centurión abrió los ojos con lentitud y se los restregó un par de veces antes de que lograran volver a acostumbrarse a la luz del desierto. Gaio Pacuvio, el optio de la centuria, estaba erguido ante él con el yelmo emplumado debajo del brazo derecho.

—¿Cómo?

Pacuvio sacó su placa metálica de un doblez de la túnica y la escrutó pensativo.

—Ya me has oído —dijo al tiempo que señalaba con la barbilla a los tres bárbaros de piel oscura. Los ojos volvieron a caerle sobre el cartucho egipcio impreso en la lámina de bronce—. ¿Estás seguro de que esos tres saben adónde tienen que llevarnos?

—Les he dado medio día más —confesó en voz baja el veterano mirando fijamente las espaldas de los guías, cubiertas por sus largas túnicas de lana oscura—. Después los degollaré, uno cada atardecer, hasta que veamos la silueta de ese templo maldito.

El optio movió la cabeza decepcionado y se sentó rápidamente a su lado, dejando el yelmo sobre un pequeño tramo de arena que quedaba a la sombra. Después se aflojó el pañuelo que llevaba al cuello y desató el cíngulo del que colgaba la funda del gladio.

—Entonces todavía me quedan tres días para saber con certeza que moriré en este asqueroso mar de arena.

—Qué le vamos a hacer. Los dioses te han maldecido —bromeó Cetego con una mueca.

Pacuvio miró de hito en hito sus ojos oscuros y profundos.



—No han sido los dioses, centurión, sino la codicia de Tito Flavio Vespasiano.

—¡Piensa en tu codicia, antes de hablar! En Jerusalén no dudaste en alargar la mano para recibir los cien denarios que Tito os ofrecía a cada uno de vosotros. Y ahora, ¿qué? ¿El audaz Gaio se deja amedrentar por un puñado de arena y un poco de sol?

—Escúchame bien, centurión...

—Ya has hablado bastante —lo interrumpió imperioso Cetego apuntándole con su bastón de mando—. Una palabra más y te juro que te pongo el primero de la lista, por delante de esos saqueadores. Y ahora vuelve con los demás, en silencio.

Herido en su orgullo, el optio recogió el yelmo y el cingulo, se levantó y se encaminó hacia los soldados apretando los dientes por la indignación.

El centurión giró imperceptiblemente la cabeza y, con los ojos apenas entrecerrados, lo observó mientras se alejaba.

Pacuvio siempre había sido un hombre valeroso y un buen ordenanza en la guerra. El que él también empezara a flaquear solo podía significar que la tropa había perdido la esperanza.

La mancha opalescente del sol ya bañaba la fina franja del horizonte y un cielo de color coral comenzaba a confundirse en la lejanía con la línea que trazaban los perfiles redondeados de las dunas. La centuria marchaba por el desierto desde el amanecer. Tan solo habían hecho tres paradas a lo largo del día y los hombres estaban

exhaustos. Cuatro horas después del último y frugal rancho, Cetego decidió mantener su promesa y mandó que treinta soldados rodearan al guía más joven. Obligó al beber a arrodillarse, sacó el gladio y lo sopesó amenazadoramente sobre la cabeza del reo. Con ojos aterrorizados, el gáramante suplicó llorando en un intento de latín, y solo se salvó de la cuchilla del centurión gracias a la intervención del más anciano, que primero trató de garantizar la proximidad de la meta y luego incitó al otro guía a introducirse con él en el círculo que formaban los romanos para arrodillarse al lado de su amigo.

—Adelante, soldado —exhortó el jefe de los guías, demostrando conocer el idioma del imperio—, mátanos y condénate a ti y a tus hombres.

La mano de Aurelio Prisco fue la que salvó las cabezas de los gáramantes. En el preciso instante en que Cetego iba a asestar el golpe en el cuello del primer bárbaro, el signifer detuvo con gran esfuerzo el brazo del centurión y se interpuso entre él y las tres siluetas encorvadas.

—El viejo tiene razón —murmuró con el rostro desenchajado por el agotamiento—. Ellos son nuestra única esperanza para poder regresar.

Aurelio no se equivocaba.

Era la última hora antes del ocaso y la columna estaba avanzando por una fatigosa garganta rocosa, una afilada abra que dividía en dos un enorme bloque de roca calcárea agrietada por miles de filones de color óxido y púrpura. El promontorio descollaba aislado y majestuoso, como una torre solitaria que sobresalía en un interminable banco de bruma dorada y limitaba un lar-



go tramo la vista de quienes se veían obligados a atravesarlo.

Los guías subían y bajaban con destreza entre la yincana que creaban los salientes de piedra de las paredes escarpadas. A unos cuarenta pasos de ellos los seguían Cetego, Pacuvio y la fila de legionarios, para entonces deshecha en pequeños grupos que avanzaban a corta distancia los unos de los otros. De repente, tras desaparecer de la vista del centurión por detrás del saliente de una gruesa cresta de levante, una serie de altos gritos bereberes recorrieron el aire retumbando por doquier entre los recovecos que conformaban las vertientes de la roca centenaria. Con un impulso instintivo, Cetego abrió los ojos de par en par y clavó la mirada en el rostro barbudo de su optio mientras desenfundaba rápidamente el gladio.

—¡Rápido! —ordenó estentóreo al tiempo que se volvía hacia los legionarios que lo seguían más de cerca—. ¡Tenemos que alcanzar a esos tres!

El crujido rítmico de las cáligas sobre el fondo pedregoso de la grieta se difundió al instante por el espacio que se abría entre dos paredes rocosas y a los pocos minutos los soldados superaron el recodo que formaba el obstáculo natural tras el cual se habían eclipsado las figuras de los garamantes. Marchando uno tras otro al límite de sus fuerzas, los romanos se encontraron ante el último tramo de sendero, un angosto lecho de arena y fragmentos de esquisto que se extendía formando un ligero declive en cuyo centro, abriendo los brazos, los hombres casi alcanzaban a tocar ambas paredes de la hendidura.

—¡Allí están! —exclamó Pacuvio y señaló tres sombras que daban silbidos y se abrazaban unos metros más abajo, al otro lado del límite de la garganta—. ¡Ya han salido y se dirigen hacia el oeste!

Al salir de la grieta, los legionarios volvieron a ver la inmensa extensión desértica que se fundía con los reflejos cobrizos del cielo y percibieron el perfil pajizo de una estructura situada a unos cuarenta estadios de su posición.

El guía de mayor edad esperó inmóvil a que llegaran, cruzó el primer grupo de soldados y se puso al lado de la figura jadeante de Cetego.

—Nuestro dios no se ha olvidado de nosotros —exclamó satisfecho— y nos ha guiado hasta su morada terrena más antigua.

Con los brazos abiertos, el bereber dio unos pasos hacia el lejano edificio y disfrutó al ver la mirada increíble de la centuria.

—Ahí está lo que buscabais —prorrumpió en tono casi profético mientras se volvía hacia la construcción señalándola con el índice de la mano derecha—. Nosotros hemos cumplido nuestra misión: ahí tenéis el templo desértico del altísimo Amón.

Un silencio impregnado de emoción reinó por unos instantes en las mentes y cuerpos de los legionarios, que miraban extasiados el desgarrón occidental del panorama que se desplegaba ante sus rostros demacrados, quemados durante semanas enteras por el beso ardiente del Sahara.

Aurelio emitió una carcajada liberadora, soltó el escudo, dobló las rodillas y se dejó caer de espaldas sobre la arena del desierto.



—¡Es increíble! ¡Lo hemos encontrado! —murmuró estirando los labios con una sonrisa y cerrando los ojos, vueltos al cielo.

Mientras los otros soldados, aliviados en el espíritu, seguían el ejemplo del signifer sentándose en la arena para una última parada, Cetego cogió un odre que colgaba del dorso de uno de los dromedarios y se acercó a los guías bereberes para ofrecerles vino. De pronto, un chillido estridente los alcanzó alto y nítido por detrás de la columna, resonando a través de la larga garganta que sus hombres acababan de recorrer, y otros cuatro reclamos parecidos se propagaron desde algunos escondrijos, amortiguados por la distancia.

—¿Qué es eso? —preguntó el centurión mientras alargaba el pellejo al jefe de los garamantes.

El africano lo rechazó con un movimiento de la mano, entornó los párpados para concentrarse y enmudeció al observar las pequeñas volutas de polvo que un repentino soplo de viento cálido había levantado en la distancia.

—¿Qué pasa? —insistió el veterano, inquieto por la expresión pensativa del bereber.

El garamante intercambió unas palabras nerviosas con sus compañeros y señaló los pequeños remolinos de arena que se duplicaban rápidamente a lo largo del trayecto que ellos tenían que seguir.

—Zorros del desierto —respondió átono y sin mirarlo, olfateando los torbellinos que se alzaban con creciente intensidad y escrutando el cielo.

—Nosotros los llamamos féneq. No podemos quedarnos aquí. Tenemos que retomar la marcha inmediatamente.

Cetego apretó los dientes, turbado por sus enigmáticas palabras.

—¿Por qué?

—Los zorros del desierto son cazadores nocturnos y durante el día permanecen invisibles y silenciosos. Los cinco gritos que hemos oído eran reclamos de alarma. El peligro está en el viento... —El guía se calló, recogió un puñado de arena y lo dejó resbalar entre los dedos mientras se lo llevaba un nuevo y vigoroso soplo de corriente—. Simún —susurró frunciendo el entrecejo—. Tenemos que irnos.

Con el ánimo inquieto, el veterano ordenó a su centuria que volviera a formar inmediatamente la columna y colocó a los dromedarios de modo que costearan el pelotón. Los animales, nerviosos y aterrorizados, apenas avanzaban, resoplando y dando patadas contra los legionarios.

Tras muchos esfuerzos, los guías consiguieron amansarlos y cuando por fin retomaron la marcha, cada uno llevaba un animal por el ronzal, mientras los demás procedían atados en grupos de tres o cuatro a ambos lados de la centuria.

Bajo el cielo ensangrentado del sol moribundo, los soldados combatieron contra la capa de calor que transportaban las ráfagas de viento, cada vez más insistentes y abrasadoras, y cruzaron con los últimos jirones de sus fuerzas el vasto cuadrante arenoso que los separaba de la silueta alargada del templo.

A unos diez estadios de la meta, Cetego reconoció las formas de una pequeña galería de columnas que llevaban a un grandioso pilón decorado.



—Hemos llegado —clamó con voz potente ante sus hombres, con el mismo arrojo que cuando los preparaba para la batalla—. He elegido a los mejores hombres de la Legio X y no me habéis defraudado. El templo está ahí, ante vosotros, y ahora solo queda terminar la parte más sencilla de la misión. Cada contubernium tiene su cartucho y, cuando entremos, ya sabéis lo que tenéis que buscar. El resto, podéis saquearlo.

Y dicho esto, las ovaciones de las primeras filas de legionarios se mezclaron con extrañas imprecaciones de repugnancia procedentes de la retaguardia de la columna armada.

—¿Qué pasa ahí detrás? —reprochó a voz en grito Pacuvio.

—¡Malditos saltamontes! —gritó alguien al fondo—. ¡Es un enjambre enorme! ¡Se han vuelto locos!

Al instante, el ataque de la nube de langostas se expandió fulmínea a lo largo de toda la centuria. Eran varios centenares, enormes y de un verde brillante, y silbaban obsesionadas atacando las lorigas y escudos de los soldados como si les atrajeran sus colores.

Un estruendo ronco y profundo se propagó a lo lejos desde el sureste, parecido al borborismo de un gigante furioso, y todos los hombres se volvieron hacia la derecha, a la espera de saber qué había provocado aquella especie de fragor reprimido.

Las voces horrorizadas de los garamantes les ofreció la respuesta enseguida.

—¡Rápido! ¡Corred al templo!

—¡Es la mano de Simún, la enorme tormenta de arena! ¡Arrasa con todo y no deja nada vivo!

—¡Tenemos que entrar en el templo de Amón! ¡Rápido, rápido!

Los legionarios echaron a correr hacia los dos murrallones fusiformes que conformaban el imponente pilón del templo, el símbolo de las montañas entre las que nace y muere el sol, seguidos por un estruendo cada vez más ensordecedor y un viento incandescente. En el umbral de la galería de columnas que llevaba hasta la fachada decorada de la entrada, Cetego se paró a respirar el aire reseco y cargado de polvo. Encorvado hacia delante, con las manos sobre las rodillas, se volvió un instante a mirar el camino que había recorrido corriendo y una inmensa sensación de pánico le ofuscó la mente. A una velocidad impresionante y con la potencia destructora de un ciclón, un colosal muro de polvo rojo avanzaba hacia el sur, tragándose cielo y tierra en un vórtice convulso e imparable.

Era un espectáculo aterrador. Un espeluznante frente compacto, dos veces más alto que las formas de los enormes golpes de mar durante una tempestad, se elevaba unos seis estadios tragándose a su paso dunas enteras y remodelando a su antojo el perfil brillante del desierto.

—¡Cruza el peristilo y buscad inmediatamente la celda! —gritó con desesperación.

—¡Por Júpiter! ¡Se nos va a echar encima! —exclamó a su lado Pacuvio.

Los legionarios cruzaron la fachada decorada del templo, flanqueada por los altos trapecios rocosos del pilón, y corrieron por la sala hipóstila seguidos por el estruendo monstruoso de la tempestad.



Sin dejar de correr tras sus compañeros de la legión, Cetego y Pacuvio miraron hacia atrás y entrevieron a los tres guías, que se habían arrodillado ante la columnata del exterior del edificio, elevando súplicas al dios Amón.

Los dos romanos siguieron corriendo con todas sus fuerzas, intercambiándose una mirada angustiada.

Prisioneros del desierto.

Eso iban a ser.

Prisioneros del desierto para el resto de la eternidad.